

LIBROS

DIARIO (1916- 1953)

De GIOVANNI PAPINI

Por FRANCISCO CASTAÑEDA ITURBIDE

- Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1985; 365 pp. Prólogo de Alejandro Toledo, selección de Javier Sicilia, traducción de Alberto Drake.

FURIBUNDO iconoclasta y ególatra incorregible, Giovanni Papini (1881 - 1956) hubo de reconocer que había fracasado en su ambiciosa empresa de legarle a la humanidad una obra maestra, equiparable a la *Comedia* de Dante y al *Fausto* de Goethe, modelos de su propio quehacer literario. Esa manía de grandeza que asumió con plena lucidez y admirable tenacidad fue, en su caso, una verdadera *ascesis*, una vía de purificación y la única militancia efectiva para mantenerse incólume frente a los embates del nihilismo y la tentación de la autocomplacencia.

Desde la publicación de su primer libro en 1906, *El crepúsculo de los filósofos*, Papini se reveló como un polemista vigoroso, a contracorriente de las modas políticas, literarias y de cualquier otra índole, empeñado en llorar una lucha sin cuartel contra los enemigos del espíritu: la estupidez y la ignorancia. Mas en su afán combativo experimentó profundas transformaciones, viéndose de pronto encarado consigo mismo o incluso en feroz forcejeo con el Dios cuya existencia había negado en su juventud.

Sintiéndose un moderno San Jorge, el escritor toscano acabaría por desmontar de su caballo para abrazar fraternalmente al dragón, erigiéndose entonces en una especie de Nietzsche agustiniano que proclamaba la redención del ángel caído, como si de ello dependiera la de todos los hombres. Por cierto, a raíz de haberse publicado su libro *El diablo. Apuntes para una futura diabolología* (1953), el periódico oficial del Vaticano,

“L’Osservatore Romano”, recriminó a Papini su absurda pretensión de enseñarle caridad a la Iglesia: “Mientras Jesucristo nos salvó del demonio, Papini quiere salvar al demonio...”

A decir verdad, la conversión de quien fuera un ateo recalcitrante se había iniciado desde 1911, empero no fue sino hasta diez años más tarde cuando se confirmó públicamente, al aparecer su espléndida *Historia de Cristo* (1921), motivo de grandes controversias dado el insólito enfoque bajo el cual trazó Papini la figura de Jesús. Decepcionado de la filosofía, a la que juzgó como “una cábala afanosa de signos alrededor de la nada”, releyó los Evangelios y descubrió a los místicos, desde Plotino hasta Novalis pasando por Eckhart, Böhme, Lulio, Teresa de Ávila y Juan de la Cruz.

Este apasionado y apasionante itinerario puede conocerse a través de su *Diario*, obra póstuma que abarca de 1916 a 1953 y cuyo manuscrito original se conserva en doce voluminosos cuadernos de diverso formato. A veces, una simple relación cronológica de sucesos cotidianos, casi una agenda desprovista de toda preocupación formal; otras, una confesión dramática en la que el hombre, más que el escritor, describe su propia ruina y la de todo un continente, flagelado por dos guerras mundiales.

Ciertamente, Papini no necesitaba escribir un diario puesto que toda su obra equivale a una confesión, no ya sólo personal sino a título universal, arrogándose el derecho de manifestarse, a un mismo tiempo, como portavoz de Dios y de la

humanidad. Al igual que su venerado coetáneo del siglo XIII, Papini se constituye en juez del género humano y no tiene miedo de ventilar todas sus miserias aunque, a diferencia de Dante, admite la culpa pero no la condena.

Comparado con algunos de sus mejores libros: *Un hombre acabado* (1913), *Cartas del Papa Celestino VI a los hombres* (1946), y el siempre inconcluso *Juicio Universal* (1957), *el Diario* resulta apenas un modesto borrador, por momentos tedioso e incoherente para quien no tenga otras referencias del autor. Así, en la Navidad de 1925 escribió: “He empezado el *Diario* cinco o seis veces y siempre he vuelto a dejarlo, antes o después. Quien padece de egolatría no solamente se confiesa a sí mismo.” Y en una anotación del 28 de diciembre de 1930, hizo este esclarecedor comentario: “Tengo plena conciencia de no ser un Amiel. El Diario me atrae poco. Pero como para mí se acerca el medio siglo y quiero dejar constancia de algunos propósitos madurados al sol de la experiencia de estos últimos años, me decido a reanudar estos apuntes.”

En efecto, Papini estaba muy lejos de la impotencia creadora de Amiel, cuyo único desahogo fue el registro meticuloso de sus frustraciones vitales y literarias, ni tampoco compartía el resentimiento de una inteligencia menospreciada como en el caso de Jules Renard, por citar al autor de otro diario célebre. Si algo caracterizó siempre al italiano habría que pensar en su fecundidad imaginativa y en su fortaleza de espíritu; no le atraían

sino las grandes empresas, pensaba en términos monumentales y sus fracasos también lo fueron. De hecho, las páginas de su *Diario* no son sino el testimonio de numerosos proyectos que el tiempo y la ceguera le impidieron llevar a cabo.

Toda su vida podría resumirse en un reiterado impulso en pos de lo absoluto, que quería abarcarlo todo, para luego precipitarse hacia la nada; una alternada sucesión de ambiciones inconmesurables y de renunciaciones dolorosas. Sentía haber nacido para algo más que ver impreso su nombre en las portadas de unos cuantos libros y, como él mismo lo confesara, no era vanidad sino soberbia lo que robsteceaba su voluntad, soberbia abismal, épica, *luciferina*; deseaba transformar la faz de la tierra y el corazón de los hombres.

De ahí su permanente inconformidad, su exacerbado afán de contradicción y su radical individualismo, actitudes que lo aproximaron a Miguel de Unamuno (1864-1936), cuya concepción trágica de la existencia asumía la fe como una lucha contra la razón. Y si el pensador español proclamó que ejercía "la décimoquinta obra de misericordia, esto es, despertar al dormido", el italiano adoptó como lema el verso de Petrarca: *Vine tan sólo a despertar a otros*. Estas afinidades entre el vasco y el toscano motivaron, en su época, una maliciosa definición sobre el segundo: "Papini è un Unamuno mancato" (Papini es un Unamuno fracasado). Ya se sabe que nadie es profeta en su tierra.

De otras muchas y más graves críticas sería objeto Giovanni Papini a lo largo de su vida, acusado de haber sido simpatizante de Mussolini, así como de falso converso, blasfemo, hereje, etc. Pero toda aquella animadversión que suscitaba en ciertos ámbitos nunca le intimidó pues, indudablemente, él mismo la había fomentado con premeditación, alevosía y ventaja. El 22 de noviembre de 1946 anotó en *su Diario*: "Los católicos me hostigan porque he amado el Evangelio; los antifascistas me persiguen porque he amado a Italia. Siempre sucede así: el amor por las cosas grandes atrae el odio de los pequeños."

No faltaron los que denunciaron como imposturas las obras de Papini posteriores a su conversión, incapaces de comprender o temerosos de aceptar la brutal franqueza de quien emprendía una cruzada personal para salvaguardar la verdad, no Importándole cuan terrible

fuese ni el riesgo que ello implicaba. Disipado el sueño de constituir un superestado europeo, espejismo que también deslumbrara a Dante cuando supuso que Enrique VII haría realidad el triunfo del Sacro Imperio, Papini decidió mantenerse en la oposición, cualquiera que fuese el gobierno del mundo. Con respecto a la sinceridad de su adhesión a la fe cristiana y, más concretamente, al catolicismo, puede decirse -parafraseando a Pèguy- que Giovanni Papini fue católico y escritor, jamás un escritor católico.

En repetidas ocasiones manifestó que su misión consistía en defender la verdad con la paradoja, la seriedad con la ironía, la santidad con el desenmascaramiento del pecado; hacer ver, sentir, palpar toda la miseria y el horror del mundo a fin de que surgiera un deseo espontáneo de cambio, un nuevo nacimiento, un renacimiento, un hombre nuevo. Creía, como lo creyó Vasconcelos, que nacer es proclamarse inconforme, alejarse de la masa, rebelarse contra todo humanitarismo y alcanzar la estirpe del semidios, del ángel, del bienaventurado. En un apunte del 30 de septiembre de 1943, define su fe en los siguientes términos:

Si Cristo no fuese Dios, no habría traído a las almas la turbación, la profundidad, el desconcierto, el ardor y la ansiedad que encontramos en los grandes cristianos. No existe un Pablo budista, ni un Agustín zaratustriano, ni un Pascal musulmán, ni un Dostoyevski brahmánico. Las demás religiones, comparadas con el cristianismo, parecen hornillos de hogar junto a volcanes.

Así se entiende que mientras Chesterton escribió las biografías de Santo Tomás de Aquino y de San Francisco de

Asís, Papini prefirió ocuparse de San Agustín, de Dante y de Miguel Ángel; asimismo, resulta comprensible que en tanto el brillante polígrafo inglés inventó al padre Brown (un sacerdote detective capaz de resolver los más intrincados casos criminales y, a la vez, de salvar las almas de los delincuentes), el impetuoso italiano inventó al papa Celestino VI (un pontífice de la Iglesia capaz de aventurarse por los peligrosos caminos de la heterodoxia sin traicionar su fidelidad al dogma). Nada extraño, de un lado, la flema británica; del otro, la pasión latina.

Es verdad que llevado de la mano por su habitual vehemencia, Papini incurrió no pocas veces en un tremendismo grandilocuente, adoptando el tono "aguafiestas" de los predicadores apocalípticos e incluso, en sus peores momentos, la fanfarronería de los falsos profetas. Quiso ser más papista que el papa y se encontró convertido "en una especie de Gorgias de café", según sus propias palabras. Quizá a ello se deba el que muchos de sus libros hayan envejecido considerablemente pero, a pesar de todo, siempre fue sincero y tuvo la dignidad de afrontar las consecuencias de sus errores.

Casi ciego, medio sordo, sin fuerzas ya para caminar ni escribir, Papini interrumpió la redacción de *su Diario* en marzo de 1953, antes de su muerte el 8 de julio de 1956. Muchos años atrás, en su libro *Un hombre acabado*, escribió lo que podría ser su epitafio:

Quien ha deseado todo, ¿cómo puede contentarse con poco? Quien buscó el cielo, ¿cómo puede limitarse a la tierra? Quien se adentró en la senda de la divinidad, ¿cómo puede resignarse a la humanidad?... No hay alturas demasiado elevadas, sino únicamente alas demasiado cortas.



Sebastián López de Arteaga: *Casamiento de la Virgen*